

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

OCTUBRE N.º 44. GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION BARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879.

Se publicaran ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. Los pagos podran hacerse directamente a esta administracion, en letras del giro, mútuo, y en los puntos donde huba en serios de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimos de peseta. Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece. El precio de suscripcion es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## CONTENIDO

La escaramuza de la Reina, por F. F. V.—Pobre madre! poesía, por J. T. G.—Calvario y redencion, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Isabel, por M. C.—A un rio, poesía, por Juan A. Saco y Arce.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LA ESCARAMUZA DE LA REINA.

Apenas el sol despuntando por el oriente doraba las elevadas cumbreras de Sierra Nevada, y hacia tomar su colorido bermejo a las torres de Granada, cuando se relevaban las centinelas y escuchas que habian permanecido toda la noche vigilantes sobre las murallas. Flotaba aun en ellas el estandarte del Profeta, que ansiaban abatir las tropas de Castilla y Aragon, apretando cada vez mas el rigoroso asedio. Ocupábanse, pues, los musulmanes en guarnecer con gente de refresco todo el circuito de sus murallas, cuando los repetidos gritos de «a las armas» hicieron acudir sobre el parapeto á cuantos pudieran ma-

nejarlas en caso de necesidad. Dirigieron todos su vista a la campiña, donde se notaba entonces un movimiento extraordinario. No quedaba duda de que las tropas castellanas habian salido de sus acantonamientos y se encaminaban a la ciudad.

El valiente é impetuoso Muza, aquel que era por entonces la única esperanza de Granada, aquel que sobreponiéndose a las pasiones y a los intereses de partido, supo conservar su brazo y espada para Granada, y solo para Granada; Muza tambien acudió a la muralla, y con ceñudo semblante se puso a mirar a la campiña, cual si intentara sorprender los movimientos del enemigo; pero las tropas que este iba presentando, mas que columnas de ataque, parecian el pomposo séquito de una marcha triunfal. Percibianse a lo lejos las sonatas guerreras de los clarines y trompetas, a cuyo armonioso compás marchaban las huestes y escuadrones, y distinguíase en el centro de aquel cuerpo de ejército, una lucida comitiva con todo el lujo de las cortes y de los palacios: comitiva preparada para un torneo mas bien que para un lance de guerra, a juzgar por los vistosos arreos de caballos, y los frondosos penachos de los caballeros.

Todas estas tropas del campamento de los reyes católicos, después de haberse aproximado algun tanto a vista de Granada, cambiaron de



repente de direccion, y con la misma serenidad que si diesen un paseo militar, fueron á situarse por escalones en las colinas de la Zubia, las que desde lejos dominaban bastante bien á Granada.

Muza que habia seguido con la mayor atencion los movimientos del enemigo, se crsyó que todo aquel alarde de fuerza, no tenia mas objeto que insultar á los moros de Granada provocándolos al combate, y no pudiendo su altivo génio soportar tranquilo semejante idea, se volvió hácia los capitanes que le rodeaban, y con voz alterada por la cólera les dijo:

—Ya lo veis: esos orgullosos cristianos no se contentan ya con terneros encerrados dentro de estos muros, sino que con insultante audacia se llegan á desafiarnos hasta las mismas puertas de Granada! Ahora bien, mis fieles guerreros, mostrémosles cual es todavia nuestro poder, y no demos lugar á que se lisongeen de terneros cercados cual cobardes ovejas, si aun podemos caer sobre ellos cual tigres, blandiendo nuestras cortantes cimitarras. Yo soy el primero que desembaino la mia, pero que me sigan no solo las tropas disponibles, sino cuantos habitantes hay en Granada, capaces de manejar una lanza. Id al momento á reunirlos en Bib-Arrambla.

Obedecieron sumisos todos los capitanes las órdenes de su gefe, y poco tiempo despues de esta arenga, desfilaban bajo el arco de la puerta de Bib-Arrambla, las tropas moriscas que se dirigian al combate. El escuadron predilecto del gallardo Muza, se distinguía por lo fogoso de los caballos, y los albornoces de escarlata de los ginetes. Apenas el animoso caudillo se vió al frente de estas tropas, las contempló por un momento con satisfaccion, y rompiendo la marcha, se dirigieron al trote largo hácia las filas enemigas.

11.

Isabel primera de Castilla conocida mas comunmente con el nombre de ISABEL LA CATÓLICA, por ser este un titulo de gloria y un nombre de orgullo para todos los españoles, era no solo una muger verdaderamente estrordinaria en su sexo sino una princesa adornada de todas las cualidades indispensables para reinar, grangeándose el afecto de los pueblos, y dejar grata memoria á la posteridad. Ya se nos presentará ocasion de tributar los merecidos lauros á esta magnánima princesa, por su virtud, su sabiduria y su prudencia; por el desvelo maternal que le merecian sus pueblos, y por la constancia heroica con que supo sobrellevar los reveses con que la providencia quiso acrisolar su heroismo. Pero esta matrona tan bella y tan modesta, estaba dotada de una constitucion orgánica ade-

cuada á la energia de su alma, y vistiendo la pesada armadura del guerrero, daba muestras de su ánimo varonil, ostentándola con magestad en los campos de batalla.

Grato será tambien contemplarla alguna vez en el teatro de sus victorias, entonces que su carácter emprendedor la incitaba á ensanchar los límites de sus reinos, lanzando para siempre á la africana orilla á los ominosos dominadores de la España.

Para dar á entender su firme propósito de no desistir de esta empresa hasta terminarla gloriosamente, habia venido la reina Isabel, acompaña de sus damas, á reunirse con su esposo Fernando en el ejército sitiador de Granada. Las ventajas de esta resolucion ya se echaron de ver desde la misma llegada de la reina. Establecióse mayor orden en la colocacion y arreglo de las tiendas de campaña y clasificacion de las tropas, cesando las rencillas que entre los orgullosos señores nunca dejaban de suscitarse, cuando se trataba de mantener ilesos sus antiguos fueros y preeminencias. Los víveres que antes escaseaban, empezaron bien pronto á estar de sobra, merced á los considerables medios de transporte que dispuso la reina, á pesar de que habia que ensanchar las veredas de las montañas y allanar los caminos para facilitarles el paso; coincidiendo esta feliz disposicion con la de interceptar á los moros los víveres que les venian de la Serranía, de modo que los recursos empezaron á abundar en el campamento, al mismo tiempo que escaseaban en Granada. Pero nada era comparable á la influencia moral que la llegada de la reina habia de ejercer en los enemigos, anunciándoles una resolucion decisiva en contra suya.

Deseaba mucho la reina Católica gozar las ponderadas vistas de Granada y contemplar á lo menos desde lejos aquella ciudad que tanto anhelaba poseer. Su esposo don Fernando consideró como un deber suyo el cumplir los deseos de la reina, y como desde la Zubia podia muy bien verse la Alhambra, dominando los mejores barrios de Granada, eligieron aquel punto para que en él se fijase la reina, llevando tropas que sirviendo de escolta á su augusta persona fuesen al mismo tiempo una columna expedicionaria de ataque, en caso de que los moros hiciesen alguna tentativa, puesto que la Zubia distaba todolo mas una legua de Granada.

(Continuad),

F. F. VILLABRILLE.



## POBRE MADRE.

En una pequeña aldea  
de las muchas de la Mancha,  
y en reducida vivienda,  
cual copo de nieve blanca,  
entre sollozos vivía  
una venerable anciana,  
á quien la guerra robóle  
el hijo de sus entrañas.  
Cada tarde recorria  
los sitios do aquel pasára,  
y ora en el valle ameno,  
ora en la fuente cercana,  
derramaba tristemente  
desconsoladoras lágrimas.  
Cada flor, cada murmullo  
de la fuente solitaria,  
cada piedra, cada árbol,  
cada mitio y cada rama,  
un recuerdo triste era  
para aquella pobre anciana,  
de aquel hijo, que tal vez,  
luchando en tierras lejanas,  
moría sin consuelo,  
sin el placer de abrazarla.  
Y hablando consigo misma,  
con las flores y las aguas.  
¿Por qué, decia la triste  
entre suspiros y lágrimas,  
por qué han de llevarse al hijo  
á tierra inhospitalaria,  
dejando á su pobre madre  
que muera desamparada?  
—¡Es que la patria peligra  
y es un deber libertarla!  
—Esto me dirán los hombres,  
pero son hombres... y basta.  
¿Que sabrá una pobre madre  
de libertad ni de patria?  
La madre tan solo sabe  
amar mucho y ser amada.  
En buen hora que los hombres  
luchen, si así les agrada;

en buen hora; mas no priven,  
á una pobre madre anciana  
del hijo que es su alegría,  
que es el placer de su alma.

Así decia la pobre  
á las flores y las aguas;  
y cuando la triste noche  
tendia sus negras alas,  
regresaba á su vivienda  
cual copo de nieve blanca,  
siempre pensando en el hijo,  
el hijo de sus entrañas,  
que era vida de su vida,  
que era sosten de su alma.

J. T. G.

## CALVARIO Y REDENCION.

## CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian de Ossorio á su hermana Maria.

Con harta tristeza leo tus cartas, hermana mia, pues ellas me prueban el estado de tu alma tan lastimada y tan dolorida como grande y purificada.

Manifiestas impaciencia y deseos de saber la situacion de mi espíritu, y de mi esperanza, y voy á complacerte, contándote todo lo que he logrado desde la última carta que te dirigí.

Ya sabes que teniendo la certeza de que Angelina estaba en el convento, me era preciso, sin embargo, buscar los medios de llegar hasta ella ó de sacarla de allí, cosa que solo su padre podia hacer.

Acaso dirigiéndome á D. Félix, franca y lealmente; demostrándole el cambio de mi posicion y lo ilustre de nuestro nombre, y pidiéndole al par la mano de Angelina, hubiera logrado hacerme escuchar y que cediera á mi peticion.

Pero Valeria es un obstáculo invencible, y Valeria está interpuesta entre mi dicha y yo, como un enemigo valiente y osado, dispuesto siempre para la lucha.



La idea de que teniendo un esposo Angelina ha de reclamar los bienes de su madre, debe necesariamente influir en la resolución de D. Félix, que preferirá que la pobre niña se sepulte en un convento, aunque muera de dolor allí, á que sea feliz, si su felicidad puede acarrearle á él la ruina, y á Valeria la pobreza.

Fluctuando entre estos temores, y dominado por estas dudas, no sabía que partido adoptar y permanecía inquieto y desvelado en la pequeña habitacion en que tantas horas de amargura y tantos insomnios he pasado.

Era ya tarde: todos en la casa estaban recogidos, y yo permanecía aun levantado y sin poder conciliar el sueño.

Abrí la ventana que da al jardín, y me asomé á ella, procurando fijar mis ojos en el pabellon que ocupaba Angelina.

Yo buscaba en estos recuerdos un pensamiento salvador, y pedía á Dios que me dispensara su proteccion, como ya una vez me la ha otorgado en circunstancias bien difíciles por cierto.

En vano mis ojos quisieron penetrar por aquellos velos de sombras, finjiéndose entre su fondo la imagen de la pobre niña que habia visto por primera vez en aquel sitio, y que se habia hecho dueña de mis simpatías por su abandono y por su dolor.

Ni una luz brillaba en la oscuridad de la noche, ni un sonido llegaba hasta mí, y por eso sin duda mi espíritu se elevó con mas reposo al cielo, pidiéndole ayuda y proteccion.

Y Dios me la otorgó en aquel momento, por que me mostró un medio por el cual podia llegar á mi fin.

No sé como pasó, no sé si el instinto de mi corazon me lo dijo, ó fueron mis ojos quien lo distinguieron en la penumbra que formaban las ramas, pero ello es que creí ver una sombra vagar con misterio entre los árboles del jardín.

Inmediatamente me separé de la ventana, abrí la puerta de mi cuarto con suma precaucion, y salí al corredor ganando con rapidéz las escaleras.

La casa me es demasiado conocida, y no tuve que vacilar.

Avance, pues, en silencio, y con la mayor precaucion.

Al pasar junto al cuarto de Julio, empujé la puerta con recelo.

Aquella puerta cedió sin esfuerzo; por que se encontraba abierta.

Ya no me quedó duda de que era él quien se encontraba en el jardín, y sospeché alguna intriga, cuyos hilos quería coger.

Apresuré mas el paso y un instante despues

penetraba á mi vez en el jardín, con la ventaja, de que yo sabia que alguno se hallaba en él, y mi presencia era desconocida para quien vagaba en sus calles.

Siendo Julio el paseante nocturno, Valeria debia ser el objeto de su desvelo.

Una de dos, ó esperaba hablarla, ó los celos le hacian espiar sus acciones, y guardar sus balcones, que ya sabes toman luz de aquel jardín.

De todos modos, hacia la parte del cuarto de la jóven era donde debia dirigir mis investigaciones, y así lo hice.

Protegido por la oscuridad fui á situarme bajo las ramas de una enredadera que sube hasta las ventanas de Valeria.

Allí esperé algunos instantes.

Poco despues, Julio tambien se acercó y aguardó á su vez.

Ni uno ni otro podíamos vernos, pero yo distinguia su sombra destacarse vagamente á la luz misteriosa de las estrellas.

En cuanto á él, no podia de modo alguno apercibirse de mi presencia.

Conteniendo la respiracion, aguardé á ver el desenlace de aquella aventura, y el objeto que detenía á Julio allí.

Un ruido imperceptible que se oyó en la parte superior del sitio en que me encontraba, llamó mi atencion y me hizo redoblar la vigilancia.

Julio tambien se apercibió de aquel sonido, pues sus pisadas crugieron sobre la arena, y le ví aproximarse con precaucion.

Los cristales del balcon de Valeria se abrieron un instante, y un rayo de luz escapándose por las vidrieras entreabiertas, fué á iluminar en un espacio largo y estrecho las flores y los arbustos.

Despues, una sombra de muger se interpuso en el hueco iluminado, y escuché una voz recatada que murmuró el nombre de Julio.

—¡Oh! aquí estoy, aquí estoy, respondió él, con un acento tan conmovido que apenas se le entendia.

—¿Le habrá sentido á V. alguno? preguntó Valeria muy quedo.

—¡Oh! no, he llegado hasta aquí con la mayor precaucion.

—Tenia que dar á V. algunas instrucciones que nos es forzoso seguir; y no podia confiarme á ningun criado: por eso...

—Ha hecho V. bien, ha hecho bien: soy tan feliz cuando escucho su voz, soy tan feliz cuando se dirige V. á mí!

—No hablemos de eso ahora.

—Es que...



—Tenemos cosas mas graves de que ocuparnos.

—Sí, sí. lo que V. quiera, lo que V. ordene, pero ¿podré esperar...?

—Ya sabe V. lo que exijo de su cariño; discrecion y obediencia por ahora.

—¿Y despues? preguntó Julio con afán.

Ni una palabra de la jóven vino á dar respuesta á estas frases.

Julio aguardaba con creciente ansiedad.

—Tome V., exclamó ella, alargando sin duda su mano y arrojando un papel plegado en cien dobleces; tome V., ahí van escritas mis instrucciones, ahí vá marcado lo que exijo que haga, para provarme un cariño tan decantado: cumpla V. en seguida lo que le digo enese escrito, de lo contrario, ya sabe que no nos volveríamos á ver mas.

Valeria se retiró precipitadamente, y cerró las vidrieras con precaucion antes que el pobre jóven hubiera tenido tiempo de contestarla.

En el momento en que Valeria habia retirado su mano, las hojas de la enredadera que me cubria, habian sonado junto á mí, como habiendo pasado á un objeto que se deslizase por ellas.

Mi corazon latió con violencia por que comprendí lo que podia ser.

El papel doblado que Valeria arrojaba, habia cambiado de direccion y venia á caer á mis pies.

Un instante vacilé.

El tomarlo era un abuso, era un robo casi, pero en él quizá, estaba la perdicion de Angelina, por que tal vez allí se encerraba una trama contra ella.

Alargué la mano... la casualidad me favorecia, por que hallé aquel escrito entre las hojas, y con solo el trabajo de estender el brazo.

Aquella coincidencia maravillosa, me probó que Dios era quien me habia guiado allí y quien ponía aquella carta en mis manos.

Temiendo perderla, temiendo que Julio me hallase en aquel sitio donde hubiéramos podido provocar un escándalo, dejé mi puesto en silencio y con las mayores precauciones.

Bien es verdad, que el pobre jóven se ocupaba en buscar aquel papel, sin inquietud alguna y juzgándose solo en aquel sitio.

Protegido por su preocupacion y por las sombras que me envolvian, gané la salida del jardin y con las mismas precauciones que habia empleado antes, llegué á mi cuarto cuya puerta cerré por dentro sin que nadie me hubiese oido.

Entre tanto Julio se agitaba buscando la misiva de Valeria.

Desesperado sin duda de lo inútil de sus es-

fuerzos decidió esperar én aquel sitio la venida del nuevo dia, para que su luz, haciéndole ver los objetos le permitiera encontrar aquella carta tan ansiada.

Allí, pues, echado en un banco pasó el resto de la noche.

La luz del alba le sorprendió todavia en aquel sitio.

Yo lo adiviné así, porque en vela tambien no le sentí pasar en toda la noche, y á los primeros rayos de la aurora le ví desde mi ventana, revolver entre la ojarasca.

Entre tanto, con el anhelo que puedes suponer, lei la carta cuya copia te envío, y que es un arma poderosa, como su contenido te hará ver, en las manos de tu amante hermano

FABIAN.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## ISABEL.

(CONTINUACIÓN.)

—Sí, sí, interrumpió Jacobo Kossi; el emperador Alejandro debe ser coronado mañana en la iglesia de la Asuncion; debeis encontraros á su paso; os arrojais á sus piés, y le pedireis la gracia de vuestro padre; os acompañaré y os sostendré.

—¡Ah! mis generosos huéspedes, exclamó Isabel, estrechando sus manos con efusion; Dios os oiga, y mis padres os bendicirán; me acompañareis; me sostendreis, y me conducireis á los piés del emperador... Quizás sereis testigo de mi felicidad, la mas grande que una criatura humana puede disfrutar.... Si obtengo el perdon de mi padre; si se lo puedo llevar, ver su alegría y la de mi madre....

No pudo terminar, y la imágen de una felicidad tan grande la quitó casi la esperanza de obtenerla; parecía que no merecia ser tan feliz.

Sus huéspedes reanimaron su espíritu por los elogios que tributaron á la clemencia del emperador Alejandro, por la relacion de las gracias que habia concedido, y por el placer que experimentaba en hacer bien.



Ávidamente los escuchaba Isabel; hubiera pasado en esto toda la noche; pero era muy tarde, y sus huéspedes quisieron que reposase un poco para prepararse á la fatiga del día siguiente.

Jacobo Kossi, se retiró á un cuartito que habia en lo mas alto de la casa, y su buena mujer recibió á Isabel en su lecho.

Por espacio de mucho tiempo no pudo dormir; su corazon estaba muy agitado; daba gracias á Dios por todo, hasta por sus trabajos, cuyo exceso la habia proporcionado la generosa hospitalidad que recibia.

Si hubiese sido menos desgraciada, se decia á sí misma, Jacobo Kossi no hubiera tenido compasion de mí.

Cuando el sueño la sorprendió, no la quitó su felicidad; dulces ensueños se la ofrecieron, bajo todas formas: ya creia ver á su padre; ya el interesante rostro de su madre se la aparecia radiante de alegria: algunas veces creia oir la voz del emperador, y algunas otras un objeto se presentaba á su vista, al través de un vapor que ocultaba sus facciones, y que no podia distinguir mas que por las ideas que habia producido en su alma.

A la mañana siguiente, numerosas salvas de artilleria, el redoble de los tambores y los gritos de júbilo de todo el pueblo, la anunciaron la fiesta: Isabel, vestida con un traje que la habia prestado su huésped, y apoyada en el brazo de Jacobo Kossi, se mezcló entre la muchedumbre que seguia al cortejo, y entró en la grande iglesia de la Asuncion, en la que debia ser coronado el emperador.

El santo templo estaba iluminado por mas de mil luces, y decorado con una pompa régia.

Sobre un brillante trono, cubierto con un rico dosel, se veia al emperador y á su joven esposa, magníficamente vestidos; estaban tan hermosos, que parecian dos seres celestiales. Prosternada delante de su augusto esposo, recibia la princesa la corona imperial, y ceñia su modesta frente con esta soberbia prenda de su eterna union.

Frente á ellos el venerable Platon, patriarca de Moscow, de lo alto de la cátedra de la verdad, recordaba á Alejandro, en un discurso elocuente y patético, los deberes de los reyes y la inmensa responsabilidad que pesa sobre sus cabezas para compensar el esplendor y poder que les rodea. Entre aquella inmensa multitud que llenaba la iglesia, le mostraba á los kantehadales, y á los negociantes de Archangel, cargados de las riquezas que sus buques iban á buscar á los mares de Europa; mostrábale los samoyedos procedentes de la embocadura del Enisco, donde reina un eterno invierno, donde las mieses son desco-

cidas, donde jamás ha germinado un grano: á los comerciantes de Astracan, que ven madurar en sus campos el melon, los higos, las uvas que producen allí un vino exquisito: por último, mostrábale los habitantes de Negroponto y mar Caspio, los de la gran Tartaria, que limitada por la Persa China y el imperio de Mongol, se extiende de Oriente á Occidente, abraza una mitad del mundo, y toca casi al Polo. Dueño del imperio mas vasto del universo, le dijo, vos que vais á jurar presidir los destinos del Estado que contiene la quinta parte del globo, jamás olvideis que debéis responder á Dios de la suerte de tantos millares de hombres, y que una injusticia hecha al menor de ellos, que vos no prevengais, se os tendrá en cuenta en el último día.

A estas palabras conmoviose, al parecer, vivamente el corazon del joven emperador; pero habia en la iglesia otro que lo estaba tanto; era el de la que iba á pedir el perdon de su padre.

En el momento que Alejandro juraba emplear su tiempo y vida en la felicidad de sus súbditos, creyó Isabel oir la voz de la clemencia que ordenaba romper las cadenas de los desgraciados, y no pudo contenerse mas. Con una fuerza sobrenatural, separó la muchedumbre y las filas de los soldados, y se dirigió hácia el trono gritando:

—¡Gracia! ¡Gracia!

Aquella voz que interrumpia la ceremonia, produjo mucho rumor: avanzaron los guardias, y condujeron á Isabel fuera de la iglesia, á despecho de los esfuerzos del buen Jacobo Kossi.

Sin embargo, no quiso el emperador que en un día tan feliz se le implorase en vano; mandó á uno de sus oficiales que fuese á ver lo que pedia aquella mujer; obedeció el oficial, y al salir de la iglesia, oye las palabras suplicantes de la desgraciada que disputa con los soldados.

Conmovióse; apresuró sus pasos; la vé; reconocióla, y grita:

—¡Es ella, es Isabel!

La joven no puede creer tanta felicidad; no puede creer que Smoloff se halle allí para salvar á su padre: sin embargo, es su voz, sus facciones no pueden equivocarse; le miró en silencio, y tendió sus brazos hácia él como si la hubiese abierto las puertas del cielo. Corre hácia ella fuera de sí, la asió la mano, y dudo casi de lo que veia.

—Isabel, ¿eres tú, bien mio? ¿De donde vienes, ángel del cielo?

(Continuara.)

M. C.



## Á UN RIO.

Vasta lámina azulada,  
espejo del sol de estío,  
de invisible imán llevada,  
murmurando arrastras, río.

Entre sauces y entre breñas  
vas mostrando eterna risa,  
ora lamiendo las peñas,  
ya jugando con la brisa.

¡Con qué gracia entre verdura  
cual serpiente azul asomas,  
dando al prado tu frescura,  
recibiendo sus aromas!

¡Y con qué plácido orgullo  
huyen, huyen argentinas  
tus ondas, al blando arrullo  
de las auras vespertinas!

Y tus cristales bullentes  
van con sus alas rizando,  
ora ampollas transparentes,  
ya anchos círculos formando.

¡Date el cielo su colores,  
los sauces verde guirnalda,  
las praderas sus olores  
y sus bordes de esmeralda.

Risueño como la vida,  
que en corriente de emociones  
va fluyendo adormecida  
entre cauce de ilusiones;

¡A donde tan bullicioso  
río plácido, caminas?

¡Tras qué afán vertiginoso  
van tus ondas peregrinas?

¡Vas en mas lejana tierra  
á ostentar belleza tanta?  
¡Vas acaso á mover guerra  
al Océano que espanta?

¡Que ilusión! ¡qué afán! Dentente,  
tu rauda vuelo retarda....

¡Ay del destino inclemente  
que al fin del correr te aguarda!

Ufano, loco, superas  
el confin que te limita,  
y tu carrera aligeras,  
y el raudal se precipita.

El preñado cauce ahondas,  
y las márgenes dilatas....  
mas ¡ay! que al crecer tus ondas,  
tu belleza y gracia matas.

Ya no riberas amenas  
en tus lados verdeguean;  
calvos peñascos y arenas  
tu soberbia sien blanquean.

Brisas de amor y frescura  
no acarician tus cristales;  
roncos rugen con bravura  
sobre tí los vendavales.

Ni sauce de fresca rama  
te da sus discos de sombra,  
ni en tus llanos desparrama  
marchita, móvil alfombra...

¡Pobre río! ¡pobre río!  
¡Dó va tu veloz corriente?...  
¡Oyes cual muge bravío  
el Océano potente?

Suspende... ¡ay triste!... es ya tarde,  
tus ondas el mar devora...  
¡Locas ansias! ¡Vano alarde  
contra la suerte traidora!

¡Corto vivir! ¡ay! ¡cuán poco  
duró tu poder y gala!  
¡Pobre río!... ¡Ay de quien loco  
tu necia ambición iguala!

JUAN. A. SACO Y ARCE,



## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Cómo! que quiere V. decir! preguntó el jóven con angustia, viendo el sello de una profunda pena reflejarse en la frente del hombre de la ciencia.

—Que esta niña, en lucha hace mucho tiempo con la miseria, con las privaciones, con las fatigas de una pobreza ignorada, era como una de esas flores que se agotan lentamente por falta de aire y de sol.

—Con la pobreza! con la miseria!

—Sí!

—Y yo sin adivinar... yo sin comprender...

—Tan ciego ha estado V. que no veía nada de esto, que no veía que carecía de todo... de todo! hasta de pan que dar á su padre!

Federico se golpeó la frente con los manos

—Y por eso tenía que dar lecciones para vivir! exclamó ¡Oh! y por qué lo callaba! por qué...

—¡Oh! caballero; bien dije á V. que no era digno de ella, cuando no ha sabido comprenderla.

El acento del doctor era enérgico y solemne; era el de un padre enalteciendo la virtud y la dignidad de su hija querida.

—¡Oh! sálvela V.! murmuró Federico de pronto: sálvela V. y toda mi fortuna será poco para pagar tal favor; sálvela V. y juro hacerla la mas feliz de las mujeres.

—Es tarde, repitió el médico, señalando á la jóven que con las manos crispadas y con los ojos abiertos ya, pero sin su dulcísima expresion, seguía lanzando de vez en cuando aquella terrible carcajada.

—Tarde! tarde! ¿pero por qué? gritó el jóven estremeado.

—Pues qué ¿no lo comprende V.? no vé que está loca? qué ha perdido la razon!

Estas palabras cayeron como un rayo sobre el alma de Federico, que sin saber lo que hacia corrió á ocultarse, corrió como un insensato perseguido por el eco de aquella siniestra risa.

—Pero ¡qué! abuelita, ¿se volvió loca de verdad? preguntó Julieta fijando en la anciana sus hermosos ojos en los cuales brillaba una lágrima.

—Sí, hija mía, los esfuerzos de la ciencia fueron inútiles para salvarla. ¡Oh! tú no sabes lo terrible que es para un alma elevada y pura, el ver caer una mancha terrible sobre el nombre, sobre la frente, sobre el porvenir entero.

Valentina que amaba con toda su alma á aquel hombre que juzgaba superior á los demas, á aquel hombre cuya estimación habia procurado merecer antes de conquistar su amor; cayó anonadada bajo el peso de una calumnia que venia á destruir por su base el edificio de su felicidad, cayó con el alma asesinada, cayó con el espíritu herido de muerte, cayó en fin para no levantarse jamas, y sin poder resistir aquella desgracia. Ella que habia tenido fuerza para luchar contra el trabajo,

contra la miseria, contra el hambre, no la tuvo para luchar contra el deshonor, contra el desprecio del que amaba.... ¡Oh! yo no sé decirlo lo que pasó en su alma al escuchar las insultantes palabras de Federico. Muy terrible debió ser para producir tales resultados, pero ello es que aquella niña noble, pura, hermosa y llena de vida, se tornó en un sér nulo, muerto, impotente, ello es que Valentina se trocó en una infeliz loca, y que su pobre padre, sin amor, sin recursos, privado de sus cuidados, de su ayuda, murió poco despues de aquel infortunio con que Dios le agoviara.

—¿Y ella? pregunto Julieta con afán.

—Ella!... ella fué trasladada á una casa de locos, donde vejetó algun tiempo y donde murió al cabo.

—¡Desgraciada! murmuró Adolfo, que como su hermanita habia seguido con atencion aquella narracion.

Pero ¿y su infame amiga? preguntó Petra, ¿y la pérfida calumniadora, qué fué de ella? ¿no recibió el castigo que merecia?

—El castigo de culpas semejantes, no lo recibe siempre el criminal en este mundo, lo reserva Dios mil veces para el otro: para el otro, cuya dicha ó cuyo dolor son eternos é irremediables; como irremediables son siempre los efectos de la calumnia, las consecuencias de la murmuracion. Margarita quizá sufriria el torcedor de su conciencia, sufriria el torcedor de un eterno remordimiento! un remordimiento que la memoria de la pobre Valentina, vendria á hacer cada dia mas cruel. Quizá al reclinar la cabeza en su almohada todas las noches, veria en sus sueños á aquella infeliz niña, desfigurada, moribunda, confundida con otros seres tan infortunados como ella, venir á pedirle cuenta de sus esperanzas, de su razon, de su vida, de su honra.... ¡Oh! si esto fué así, bien castigada debia estar!

Pero ¡quizá no experimentaria nada de esto, por que hay seres con el alma tan podrida, que ni aun el acento de la conciencia puede penetrar en ellas!

El calumniador es uno de ellos.

La envidia, y el orgullo, y el odio, solo tien en alli su asiento, y su espíritu débil y enervado, é impotente, para imitar las acciones generosas y grandes, es activo y diligente y agudo cuando se trata de combatirlos y desvirtuarlos, y mancharlos con la mordacidad, con la mentira, con la crítica, sin pensar quizá las trascendencias que sus palabras pueden atraer, sobre un individuo ó sobre una familia entera.

—Pero ¿y Federico, no hizo nada? ¿no amparó al baron, no remedió la suerte de Valentina? preguntó Lorenzo timidamente.

—Hay desgracias, amigo mio, para las cuales no existe mas remedio que la muerte, y la muerte fué lo que Dios envió al baron para terminar su duelo. Ya sabe V. que era demasiado orgulloso para aceptar nada y mas del que habia podido dudar de la pureza de su hija: en cuanto á esta ¿que la podia dar? ni dicha, ni esperanza habia para ella! ¿que necesita una pobre loca? un lecho? un pedazo de pan? la caridad cristiana se los ofrecian en el asilo de los dementes, y además el baron le prohibió en su lecho de muerte, que insultara de nuevo con su presencia ó sus donativos á aquella pobre hija de su alma.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilches.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.